



El escritor colombiano Antonio Ungar es el autor de *Tres ataúdes blancos*, un thriller con trasfondo político. EFE

Un buen premio

► El escritor colombiano Antonio Ungar realiza en 'Tres ataúdes blancos', Premio Herralde de Novela, una reflexión sobre el poder y los dictadores

Ramón
Jiménez Madrid

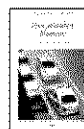


■ No sabíamos nada del autor y vale la pena seguirle la pista, porque sin duda será pronto de los escritores latinoamericanos que más habrá de despuntar en las próximas jornadas. Primero por su valor expresivo, la fuerza de la creación y el reflejo social; segundo, por estar respaldado por el Premio Herralde de Novela. Hasta ahora la familia sudameri-

cana -preanunciada por el Valle Inclán del *Tirano Banderas*, con Alejo Carpentier, Miguel Ángel Asturias y otros- nos proporcionaba un enjambre de buenas obras en torno a la dictadura, una reflexión sobre el poder o una pintura deformadora del tirano de turno. Bastaba con acercar la pupila al hombre presidente para ver sus limitaciones, sus brutalidades y sus miserias, sus asesinatos y sus saqueos al patrimonio, tal como ha ocurrido en épocas pasadas, también en las venideras.

Antonio Ungar procede de esa rama de escritores preocupados y comprometidos con las libertades que, con buena pluma, lleva a su literatura conjeturas o hipótesis que no buscan el mero regocijo estético, sino también la interrogación, el pensamiento, En *Tres ataúdes blancos* se ha inventado un país tropical que denomina Miranda en el que, por azar, un personaje solitario y bebedor empedernido, se ve envuelto en la necesidad de suplantar, dado su parecido físico, al líder de la opo-

EL LIBRO



Tres ataúdes blancos

► Antonio Ungar

ANAGRAMA

Podría derivar la novela por los caminos de la identidad, pero el autor, bien seguro, acentúa la dosis política y se ve envuelto en la maniobra electoral que los opositores al régimen le demandan. Y va descubriendo, conforme avanza el juego fictivo, que si el terror se incubaba en el bando enemigo, también se desarrolla dentro del mismo cuerpo, una excrecencia que origina traición y cambio de ideología. Una denuncia a ultranza de las poco éticas condiciones que atesora la clase política en un país en donde Del Pito -el siempre en la sombra presidente de Miranda- hace lo que le viene en gana, entre otras cosas la de ir dejando cadáveres por las páginas de una obra que incorpora el aspecto amoroso en la novela dado que la relación entre el suplantador y la hija de un jefe opositor asesinado provoca, aparte de magníficas escenas, el crecimiento de aquel ser marginal que poco a poco va convirtiéndose en santo y seña de la fracasada revolución. Un personaje quijotesco que narra en primera persona pero que da paso -de ahí que sea una novela escrita a dos voces- a su mujer para que complete el cuadro que él no ha podido finalizar entregándose sin medida a la defensa de un ideal de justicia que sucumbe.

Ungar tiene palabra bien curtida y medida en el riesgo. Cuenta con un humor envidiable que bien le viene al relato en algunas ocasiones para aliviar el mensaje serio y aguerido. Eleva la figura de un adocenado a la categoría épica conjugando registros de diversa naturaleza y sobre todo proporciona una saludable ración de buena literatura, apartando los malos episodios, hundiéndose en una saco que destila amor y odio, crítica y censura, realidades e invenciones de buena ley. Y, dada su juventud, un valor a corto plazo.